

Y, algún día, la tragedia

(*El País*, 15. 05. 1996)

Nuestros guerrilleros sin causa tomaron el otro día la Chantrea como campo de batalla. O como teatro de operaciones, porque de una representación callejera se trata y nos toca a sesión semanal por lo menos. De momento la cosa discurre entre cómica y dramática, pero ya verán cómo acaba en tragedia.

El problema es de orden público, aunque aquí muchos consideran que lo público es de todos menos de uno mismo. Público designa hoy, según se sabe, al conjunto de espectadores. Nos toca mirar, aplaudir o pitar, pero nada más. El riesgo mayor lo corren los policías, cierto, pero son los policías del señor gobernador y no *nuestros* policías; nuestros son sólo los chicos. Además, a saber de dónde partió el artefacto que incendió aquella vivienda, oiga, no vayamos a *criminalizar* a estos tal vez confundidos pero arriesgados luchadores por la libertad. Mientras no me hagan trizas el escaparate, o no me hundan el negocio o no sea yo el amenazado..., el asunto no va conmigo.

El problema es de orden público, desde luego, porque rebosa de ignorancia sobre lo público. El analfabetismo político de los guerreros del antifaz saldría aún más a la luz en cuanto tuvieran que hablar y escribir sobre sus objetivos y fundamentos. Pero ¿estamos seguros de que el nivel medio del resto raya a mayor altura? A mí me parece que, a la falta de razones de los primeros, a menudo responden las torpes concesiones teóricas de los otros, los tópicos manidos de muchos o el silencio asustado de casi todos. Será que no tienen nada mejor que oponerles. En esta tierra que fue de integristas y trabucaires, nunca de ilustrados, todavía hay bastantes que no disponen de más firmes argumentos para ser ciudadanos que sus abuelos para ser carlistas.

Y así, sobre todo entre los más jóvenes (y con la reaccionaria complicidad del *progre*), se sigue pensando que el Estado es un organismo malvado sin otra misión que la de oprimir a las buenas gentes. Que los angélicos seres humanos alcanzarían su plenitud y felicidad en el instante en que desaparecieran las leyes. Que el poder político

no debe recurrir a la fuerza y que, en caso contrario, toda violencia privada que se le enfrente será tan legítima como la suya. Que cualquier deseo que se nos ocurra (verbigracia, la enseñanza pública en euskera) se convierte de por sí en un derecho e incluso en un derecho *natural*. Que hay que respetar a la minoría aun a riesgo de sacrificar a la mayoría. Que, lo mismo que Madonna resulta tan valiosa como Mozart, ¿o no?, tan razonable o tan mítica es la doctrina democrática como la nacionalista y que la blanda tolerancia nos ordena aceptar por igual a todas.

De modo que hay cuestiones que llegan a ser de orden público porque no son debatidas o atajadas en el orden privado ni en el público. La calle se alborota cuando en casa estamos calladitos y casi nadie en su sitio planta cara a la barbarie. En suma, que la policía interviene porque antes no hemos intervenido lo suficiente nosotros. Los papás andan muy preocupados, pero no van a exponerse a pasar por represores de sus hijos. En la cuadrilla juvenil, a ver quién es el guapo que se atreve a disentir del prejuicio general y quedarse solo. Y esta cobardía se reviste de falso respeto al otro (cada cual es libre de pensar como quiera), de una solidaridad perversa (una por una, hay que ser de los nuestros). Y los pocos maestros que tendrían algo que decir a los mozos están muy cansados, cuando no amenazados. Y los demás enseñantes o no saben o no contestan, entretenidos como están en desentrañar el vacío de los diseños curriculares y otras miserias pedagógicas de la pasada moda socialista. Y, además, arrinconada ya la cultura clásica, la lengua española y la filosofía, ¿a cuento de qué unas lecciones de ética y política?

Pero el problema es de orden público, también, porque en buena parte resulta incitado por unos hombres públicos y consentido por otros. ¿Aún no se ha visto que a la merecida pérdida de crédito de los políticos, y por tanto de la Política, le siguen el declive del ciudadano, la exaltación del combatiente y una fe renovada en la fuerza bruta? Urralburu y compañeros mártires no contribuyeron demasiado con sus andanzas a amansar la camada de jóvenes airados; pero Otano, cuando calificó reiteradamente aquellas probables fechorías de su jefe como *errores* y no delitos, tampoco. Todavía

recordamos a aquel alcalde sutil que, cada vez que arremetía contra *okupas* e insumisos, provocaba la algarada.

Y vienen en fin los que, dirigiendo los hilos de la farsa, glorifican como héroes a quienes actúan como villanos. Son los que hacen compatible la pertenencia simultánea a nuestro máximo órgano civil y al órgano paramilitar que pretende expresamente su destrucción. Los parlamentarios Aoiz e Iribarren sólo abren la boca para convocar a la juventud al frente (o sea, a su Frente de Juventudes), sin que haya padre de familia ni juez que les convoque a ellos a su presencia. El señor Cabasés no es de ellos, por Dios, pero en la sesión de investidura debió de hacer méritos para encumbrarse a consejero al manifestar su perfecta coincidencia con el proyecto de liberación nacional del señor Araiz. Meses atrás el jurisperito Patxi Zabaleta explicaba en la tele que los contramanifestantes del "Euskalherria askatu" ejercían su derecho a la libertad de expresión..., y no se fundieron los focos ni los cables. ¿Y no fue este mismo equilibrista quien el otro día se presentó ante la concurrencia como un pacificador dispuesto a dar su mano tanto a los que solicitaban en la calle la libertad para Ortega Lara como a sus energúmenos contrarios? Tan poco le gusta discriminar, que ni siquiera distingue entre los partidarios del secuestrado y los de sus secuestradores.

A todas éstas, el Ayuntamiento de Pamplona, en su empeño por la formación cívica de la juventud local, reúne a las peñas para recuperar la delicada joya del Riauriau. Así que la muchachada, tan contenta y en justa correspondencia, podrá entonar después en el tendido eso tan bonito de que "en Euskadi se prepara -pim, pam, pom- la revolución". Y esta corporación municipal (como otras de la comarca) y nuestra Diputación dejan sentado en sucesivos informes *científicos* que los navarros nos morimos de ganas de aprender euskera. Y si así fuera, la desidia de estas mismas autoridades en atender como se debe tan clamorosa demanda estaría insuflando nuevos bríos a los que hacen del euskera su canto de guerra.

Claro que más allá están esos otros Jóvenes Aunque Sobradamente Preparados. Para éstos una de nuestras universidades organiza un curso acerca de la técnica del

ligue amoroso, con seminarios prácticos y todo, que marca un hito en el universo estético-moral del país. Y en el otro campus desciende en carne mortal Antonio Herrero. Y nuestra Caja de Ahorros, en el marco de su jovial *obra social*, nos invita al concierto jevi del Bon Jovi, porque eso es cultura y no están los tiempos para otros sonos que no sean ruidos ni para más libros que los de contabilidad. El caso es halagar a los muchachos, festejar sus ritos, repetir sus simplezas, adorar a sus ídolos. Si después votan en masa a la derecha o se entregan a la superstición más *normal*, pues mejor que mejor.

¿Que también se hacen valiosos gestos juveniles por la paz? Sí, pero me temo que ya no baste con simples gestos. Lo decimos en silencio, cuando hace tiempo que debemos emplear la palabra y desafiar a todos -en especial a los guerreros y a sus generales- al uso privado y público de la palabra. Porque, si no, algún día de éstos llegará la tragedia.

Hasta el adolescente heredero de la corona inglesa, tras pasar por los mejores colegios de aquel reino, no expresa hoy deseo mayor que conocer a Claudia Schiffer. Nuestro ex-presidente de Gobierno, confundiendo cantidad y calidad, voceaba en la reciente campaña electoral que contábamos con la mejor juventud de la historia de España. Que se lo pregunte al último profesor de Filosofía en el Bachillerato, que ya le hablará del descenso en capacidad de abstracción y análisis de las últimas generaciones, de su creciente desprecio por el pensamiento, de su entrega a la *normalidad*. La educación ha quedado en manos de Pedro Almodóvar, Tahúres Zurdos, Pepe Navarro y Luis del Olmo; el resto es, como mucho, instrucción. Y extender a todos una instrucción mediocre es, desde luego, ampliar la mediocridad. Algunos resultados están ahí: la mayoría de los universitarios confían su suerte a la más rancia derecha política, florece de nuevo la superstición religiosa.